

diversion, de no leer tal libro, de no reprender con cólera á tus hijos ni á tus criados; en una palabra, de evitar todo lo que pueda ser perjudicial á tu fidelidad y á tu inocencia. No te fies de tu resolucion ni de tu pasada fidelidad. Ninguna cosa obliga mas al Señor para asistirnos con su gracia particular, que la humilde desconfianza de si mismo; y por el contrario, ninguna otra le irrita tanto como la seguridad presuntuosa. Si quieres mantenerte en gracia, huye las ocasiones.

DIA VEINTE Y SEIS.

SAN PEDRO, PATRIARCA DE ALEJANDRÍA Y MÁRTIR.

Por muerte del patriarca san Teonas fué colocado en el trono patriarcal de Alejandría san Pedro, varon recomendable por la santidad de su vida, por su profunda inteligencia de la sagrada Escritura, y por su fervoroso zelo de la propagacion de la fe. Habiendo sobrevenido la gran persecucion de Diocleciano y Maximiano, se vió precisado á salir de Alejandría, y á correr de provincia en provincia para consolar y para fortalecer á los fieles. Exhortaba á los santos confesores que estaban en las cárceles á que no saliesen de ellas sino para recibir la corona del martirio: sostenia á los que estaban para caer, y levantaba amorosamente á los caidos. Entre estos le lastimó dolorosamente Melecio, obispo de Licopolis en Egipto. Convocó en Alejandría un sínodo para deponerle, y con efecto le depuso, porque, habiendo ofrecido incienso á los dioses falsos, era inevitable que experimentase los rayos de la Iglesia. ¡Dichoso si se hubiera

T. II.

P. 544.



S. PEDRO, PATRIARCA

DE ALEJANDRÍA, M.

reconocido! Pero añadiendo culpas á culpas, formó un cisma de que se declaró cabeza. Lloró el santo pastor esta discordia intestina: trabajó cuanto pudo para pacificar los ánimos, reduciéndolos á la unidad de la santa fe católica, en cuya defensa se mantuvo firme; y aunque sufrió con invicta paciencia todas las injurias con que le maltrataron los cismaticos, nada bastó para que cediese un punto de su tesón ni de su vigor episcopal: en nada faltó de lo que pedía su obligacion, ni cejó en la mas mínima cosa que interesase la dignidad de su sagrado ministerio. Dispuso unas reglas en orden á los apóstatas penitentes, tan discretas, tan sabias y tan santas, dirigidas por una parte á reparar la honra de Jesucristo ultrajado, y acomodadas por otra á la flaqueza de los que habian caído en aquel tiempo de prueba, que la Iglesia las recibió despues, y las practicó como canónicas. Pero el que supo hacer mártires con sus exhortaciones él mismo fué preso para ser mártir tambien. Hizole arrestar Maximiano, que comandaba en Oriente. Luego que vió preso á su pastor, concurrió á él todo el rebaño. Grandes y pequeños, sacerdotes, religiosos y vírgenes, todos bajaron al oscuro calabozo donde le habian encerrado. Esto embarazó tanto al tribuno, á quien se le habia dado la comision de hacerle morir, que no sabia cómo poner su cargo en ejecucion; pues, aunque esperaba que, llegando la noche, se retirarian los cristianos, vió despues que hacian continua centinela á su santo patriarca, y el número era tan crecido, que temia un peligroso motin. Hallábanse las cosas en este estado, cuando el pérfido Arrio, á quien tantas veces habia amonestado y reprendido el santo patriarca, excomulgándole como á cismático, acudió á la iglesia; y ocultando su mala fe con el velo de una profunda disimulacion, se valió de algunas personas de respeto para que le reconciasen con el pa-

triarca que estaba para morir. Pretendia por este medio ser colocado en la silla patriarcal, pareciéndole que, cuando llegase el caso de nombrar sucesor á san Pedro, todos pondrian los ojos en él para hacerle una honra á que aspiraba con todo el esfuerzo de su ambicioso corazon; pero aquel Señor, que penetra lo mas profundo de todos los corazones, aniquiló estos altaneros pensamientos. La misma noche se apareció Cristo á san Pedro, y descubriéndole las orgullosas ideas de Arrio, le mandó que no le absolviese. Los que se habian encargado de solicitar el perdon del patriarca acudieron muy de mañana á la prision, y le suplicaron tuviese misericordia de un pobre pecador arrepentido. Pero el santo, que se hallaba con tan superiores luces, retirando á parte á Aquillas y á Alejandro, dos sacerdotes venerables, les dijo: *Aunque soy, y me confieso un grande pecador, sé con todo eso que la piedad de Dios me llama á la corona del martirio. Despues de mi muerte, vosotros dos seréis dos columnas en la Iglesia de Jesucristo; por lo que os quiero hacer confianza de un secreto que habla con entrambos. Los dos me sucederéis, uno despues de otro, en la silla patriarcal de Alejandria: Aquillas será el primero, y Alejandro el segundo. Así me lo ha prometido el Señor; y para que no creais que es dureza mia el no reconciliar á Arrio con la Iglesia, quiero comunicar una vision, con que me favoreció Dios esta noche. Estando en mi acostumbrada oracion, se me apareció Cristo en figura de un niño como de doce años extremadamente hermoso: estaba vestido de una túnica larga rasgada de arriba abajo, la que procuraba juntar con las dos manos por delante del pecho. Apoderado yo entonces de dolor y de temor, le pregunté: Señor, ¿quién fué el impío que despedazó vuestra túnica? y me respondió: Arrio fué el que la rasgó; mandándome al mismo tiempo que no le admitiese á mi comunión, y*

dándome órden para que os dijese de su parte que os portáseis con él con la misma severidad. Yo he cumplido ya con mi comision, y de esto solo tenia que dar cuenta á Dios. Si vosotros faltáseis á la vuestra, ya no será de cuenta mia, y vosotros solos seréis responsables de vuestra cobardía ó de vuestra desobediencia. Luego que Aquillas y Alejandro recibieron su bendicion, se restituyeron adonde estaba todo el pueblo, teniendo como sitiada la carcel para impedir la muerte del santo patriarca; pero á él mismo se le ofreció un expediente, que le salió bien. Dijo al tribuno que hiciese romper la pared de la carcel por aquel paraje donde no se sintiese ruido, ni hubiese quien lo observase; y así se hizo. Sacáronle de la carcel por la brecha que se habia abierto en la pared, y le condujeron al mismo paraje donde en otro tiempo habia san Marcos dado la vida en defensa del Evangelio. Antes de padecer el martirio, entró en una capilla, dedicada al santo evangelista, donde oró largamente á Dios, suplicándole se dignase poner fin á la persecucion, y se dice que una santa doncella oyó una voz del cielo que decia: *Pedro, el primero de los apóstoles; y Pedro, el último de los obispos mártires de Alejandria, como lo verificó el suceso; porque, despues de san Pedro, ningun obispo de Alejandria fué condenado á muerte en odio de la fe por los gentiles. Concluida su oracion, se puso en manos de los soldados; pero con tan majestuosa gravedad, que ninguno tuvo valor para descargar el golpe, y solo se halló uno que por el precio de cinco monedas de oro le cortó la cabeza. Así murió san Pedro de Alejandria el día 26 de noviembre del año 310. Tomaron los fieles su cuerpo, y antes de darle sepultura, le condujeron á la basilica principal: vistiéronle sus hábitos pontificales, y le sentaron en la silla de san Marcos, donde por su grande humildad y profunda veneracion al sagrado evangelista*

jamás se había querido sentar en vida, sino en las gradas por donde se subía á la misma silla. Solo nos han quedado algunos fragmentos de sus obras, en las cuales se reconoce que, además del tratado ó el discurso *sobre la Penitencia*, escribió otro *sobre la Pas-cua*, otro *de la venida de Jesucristo*, otro *sobre su divinidad*, y otro prueba *que el alma no existe antes que el cuerpo*. Por lo que, este gran santo, no solo tiene lugar entre los mártires, sino también entre los doctores y padres de la Iglesia.

*La misa es en honor del santo, y la oracion
la que sigue:*

Infirmi-tatem nostram respice, omnipotens Deus : et quia pondus propriæ actionis gravat, beati Petri, martyris tui atque pontificis, intercessio gloriosa nos protegat. Per Dominum nostrum...

Dignaos, ó Dios todopoderoso, poner los ojos de vuestra misericordia en nuestra flaqueza; y pues nos hallamos oprimidos con el peso de nuestras culpas, aliviadnos de él, mediante la gloriosa intercesion del bienaventurado Pedro, tu mártir y pontífice. Por nuestro Señor...

La epístola es del cap. 1 del apóstol Santiago, y la misma que el dia XV, pág. 321.

NOTA.

« Escribió Santiago esta epístola poco antes de su muerte. El motivo que tuvo para escribirla fué la errada inteligencia que muchos daban á aquellas palabras del Apóstol: *La fe nos justifica con Dios*, abusando de ellas impiamente. Para desterrar este abuso, escribió el santo obispo de Jerusalem esta carta, dirigiéndola á los judíos que estaban dispersos, y ense-

ñándoles en ella la necesidad de las buenas obras morales para salvarse. »

REFLEXIONES.

Ninguno diga, cuando es tentado, que le tienta Dios; porque Dios no es capaz de tentar para el mal, y así á ninguno tienta : cada uno es tentado por la falsa y halagüeña sugestion de su propia concupiscencia. Siempre debemos temer al demonio en las tentaciones con que nos combate; pero no menos que al demonio nos debemos temer á nosotros mismos. Sus ilusiones son engañosas, ingeniosos sus artificios, y nunca presenta la batalla sin tener en nuestro campo alguna inteligencia. Rara vez ataca á cara descubierta : su arte consiste en sorprender, en emboscarse, ó en dejarse ver como auxiliar y como amigo. Pero, aunque es tan poderoso, tan habil y tan sagaz este temible enemigo, su principal fuerza parece que se la presta nuestra misma flaqueza ó nuestra irracionalidad. Por lo comun, mas contribuimos nosotros que él á nuestra derrota. Lisonjéanos con sus encantos, deslumbranos con sus promesas; y á pesar de las tristes experiencias que tenemos de su malignidad, siempre somos la burla y el juguete de sus artificios. Armanos lazos : los estamos viendo, y sin embargo no dejamos de caer en sus redes. Nuestro gran tentador somos nosotros mismos, nuestra concupiscencia, nuestros sentidos, nuestro propio corazon. Los sentidos nos ponen delante los objetos, y del corazon nacen los deseos. A falta de la sugestion de los sentidos, entra la imaginacion sustituyéndonos mil representaciones fantásticas y tentadoras que abraza luego el corazon con el mayor gusto, hallándose siempre las pasiones prontas y dispuestas para amotinarse. A la verdad, la gratia es de grande auxilio en la tentacion; pero es

cuando nosotros no nos exponemos voluntariamente á ella, y no estamos de inteligencia con el tentador. Es verdad que el enemigo, como un leon rugiente, anda siempre al rededor de nosotros para devorarnos; pero no es menos verdad que á ninguno puede morder si él mismo no se le acerca. Estén bien guardados los sentidos; no se derrame el corazon; tén-ganse encarceladas las pasiones; estése siempre en centinela para observar los movimientos del enemigo; acúdase á la oracion por los auxilios; pongámonos en la fuga de las ocasiones fuera del cañon; sirvanos la mortificacion como de escudo, y usemos de los sacramentos como de armas defensivas; y Dios, que es fiel, no permitirá que seamos tentados sobre lo que nuestras fuerzas pueden resistir (1 Cor. 10), acudiéndonos en la misma tentacion con medios muy ventajosos para superarla. *Bienaventurado el hombre que siempre está temeroso*, dice el Sabio (Prov. 81). ¡Gran temeridad, insigne locura, marchar en pais enemigo, por un camino escabroso, y en la oscuridad de la noche, sin tiento, sin miedo, y sin circunspeccion! No se nos pide un miedo escrupuloso y atropellado, que solo sirve para aumentar la tribulacion: en los peligros es muy necesaria la serenidad y el estar sobre sí. Pídesenos un temor prudente, cristiano y sosegado, que, sin turbar el alma, excite su atencion para desviarse de los lazos que le arman sus enemigos, y para estar siempre alerta contra la tentacion.

El evangelio es del capítulo 14 de san Lucas, y el mismo que el dia XII, pág. 248

nos daban para precaverlos; cuando uno se expone voluntariamente á los peligros, ¿será digno de compasion si se pierde? Nunca harás reflexiones mas importantes, ni que mas te interesen que estas: ponlas en ejecucion. Ninguno se condenó que no fuese por su culpa: nunca te olvides de esta verdad. ¿Te aprovechas de los medios y de los auxilios que tienes para ser santo? ¿cumples con las obligaciones de cristiano, de religioso y de siervo fiel? ¿qué fruto sacas de la oracion, de la frecuencia de sacramentos, de los ejercicios espirituales, del santo sacrificio de la misa? ¿qué fruto de la lectura espiritual, de los avisos que te dan, de las secretas inspiraciones y de tantos buenos ejemplos?

2. *Este Año cristiano*, estos ejercicios devotos para todos los dias, son un medio muy particular que Dios te proporcionó para que hicieses una vida verdaderamente cristiana. ¡Qué dolor, qué despecho en la hora de la muerte, si la vida del santo que leiste cada dia, si las reflexiones sobre la epistola, si la meditacion, si las jaculatorias, y en fin, si los propósitos tan oportunos para moverte á una inocente y santa vida fueron todos sin provecho para tí! Si te contentaste con leerlo sin practicarlo, ¡qué desesperacion en aquella hora de haber tenido en la mano un medio tan eficaz para ser santo, sin haberte aprovechado de él! Si en este libro se enseñara el arte de hacerse uno rico, ¿habria siquiera uno que despreciase sus preceptos? Enseña el arte de hacernos santos, ¡y no se hace caso de ellos! Ninguno leerá esto que no se acuerde de ello en la hora de la muerte. Pues evita desde luego el mortal dolor que entonces tendrás si no te aprovechas de ello con tiempo.